

DAMASO ALONSO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA ANDALUCIA DE LA E
DIALECTOLOGIA PINTORESCA

CON UNA LAMINA EN COLOR

POR
MIGUEL DEL MORAL

MADRID

1 9 5 6

Para Rafael de Balbín
de su compañero y amigo
Samuel Alomar

EN LA ANDALUCIA DE LA E

EN LA ANDALUCIA DE LA E

La entrada de la Virgen de Araceli.
"Gouache" y tinta, por Miguel del Moral.



24/10/21

DAMASO ALONSO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA ANDALUCIA DE LA E
DIALECTOLOGIA PINTORESCA

MADRID

1956

EN LA ANDALUCÍA DE LA E*

Discurso *A Ricardo Molina, a quien
tanto debe este trabajito.*

LA CATEDRAL DE LAS
VIRGENES DE ANDALUCÍA

En la Laguna el 3.º de mayo, la famosa noche de
la catedral de la Virgen de Arcángel. ¡Una maravilla! ¡Qué
Sagrario, de un delirante, bellísimo barroco! ¡Qué Vir-
gen, llena de pavorosa! ¡Qué culpas! ¡Cómo la
devota procesión — dos interminables filas de velas y
no trazo de cosas navegando entre las nubes — debe
la visita al pueblo y momentos un instante la barand

* En esta se está haciendo de algunos años en adelante de una
monumental catedral. Para estos monumentos el hecho general que
representa es bello que significa noche y maravilla. Así
con. Para hacer un edificio de estos edificios de barroco y
deja una gran cantidad de los hechos que son hechos de que
debe de ser representada. Véase el libro de la E. y el libro de la
E. y el libro de la E. y el libro de la E. y el libro de la E.

EN LA ANDALUCIA DE LA E ¹

DIALECTOLOGÍA PINTORESCA

LA «ENTRÁ» DE LA VIRGEN DE ARACELI

Era en Lucena el 1.º de mayo, la famosa noche de la *entrá* de la Virgen de Araceli. ¡Una maravilla! ¡Qué *Sagrario*, de un delirante, bellissimo barroco! ¡Qué Virgen, llena de pedrerías! ¡Qué entusiasmo! ¡Cómo la devota procesión —dos interminables filas de velas y un trono de ascuas navegando entre las casas— daba la vuelta al pueblo y encalmaba un instante la bacanal

¹ Se trata en este artículo de algunos curiosos fenómenos de pronunciación andaluza. Para evitar complicaciones al lector general (no especialista) ha habido que simplificar mucho la transcripción fonética. Estas líneas no ofrecerán la menor dificultad de lectura a quien desde ahora quede advertido que las vocales con una especie de gancho debajo representan vocales abiertas (*e*, *o*). Es el único signo especial empleado. Represento por *h* la *h* aspirada que aparece en

de aquella multitud compacta y enardecida que llenaba las calles! Entra la Virgen por el centro de la gran plaza rectangular (una cabecera, el Ayuntamiento; la otra, la iglesia). Avanza la imagen y, a su paso, miles

el andaluz donde hubo una *s* final de sílaba. Por lo que toca a nuestras observaciones, en la Andalucía oriental esta aspiración es caediza. A veces suena mucho. A Ricardo Molina le he oído pronunciar no sólo *much^o añ^o* ('muchos años'), sino *en ombre^h, igué* ('en hombres, igual') *a^hko*, etc. Otros sujetos aspiran mucho menos. En final de palabra ante pausa, muchas veces o no se percibe o escasamente. Por eso Alonso Zamora, María Josefa Canellada y yo (en el artículo que después se menciona en el texto) señalamos esta aspiración la mayor parte de las veces con una *h* entre paréntesis, para indicar su carácter casi caedizo. En el presente artículo, para evitar complicaciones, sólo se señala la aspiración en los casos en que más resaltó en el oído del investigador. No empleo la *h* en voces dialectales más que como signo de aspiración. Tampoco uso en ellas la *v*, salvo cuando tiene auténtico valor de labiodental.

Al sacar este trabajito del círculo severo de las revistas científicas y tratar de redactarlo en forma comprensible para todos, pretendo sólo inducir a los andaluces cultos a la observación de su propia manera de hablar y de la de sus convecinos. Esas observaciones, impresas o comunicadas a persona que las sepa utilizar, pueden ser preciosas para el conocimiento de la realidad idiomática de España y para los avances de la lingüística. En bastantes pueblos de España existen aficionados a las rebuscas arqueológicas, pero muy pocos que atiendan a otra arqueología más al alcance de la mano: en el modo de hablar de nuestros vecinos y en el nuestro mismo están enterrados los tesoros de lentos siglos de tradición.

Quienes hayan observado algunos rasgos curiosos de pronunciación andaluza prodrian, por ejemplo, comunicarlos a don Manuel Alvar, catedrático de la Universidad de Granada. Este joven y notable investigador está haciendo una indagación sistemática de las hablas andaluzas con intención de llegar a la publicación de un *Atlas lin-*

y miles de cohetes, en cientos y cientos de ringleras perpendiculares al eje de avance, van saliendo de sus soportes y, en oleadas sucesivas, colorean el espacio. ¡Qué auténtica, bellísima fiesta para turistas escogidos, no esos de los viajes prefabricados!

Allí, entre el bullicio, estaba yo sentado bebiendo noche, bebiendo fiesta popular, y también bebiendo media botellita de Moriles. ¡Qué vino! Pero yo no estaba allí, en realidad, por nada de eso. Yo estaba persiguiendo unos «sujetos» (labor detectivesca). Y me había sentado a aquella mesa de la puerta del bar porque creí reconocer a mis posibles «sujetos» en una pareja rústica con unas niñas (un matrimonio con dos hijas sentado allí). Empecé (sin perder tiempo) mis preguntas. Pero no había contado con un borracho que estaba sentado al lado mío. El hombre pasaba de la confianza y las pruebas reiteradas (y pegajosas) de tenerme mucha simpatía a súbitos enfados: le irritaban (¿por qué?) mis preguntas al matrimonio rústico. Y, después de lanzarme algunos insultos, dijo: *aquí d'eso de la e no tenemø má^h qu'alguna palabra como cohé y arranqué*. ¡'Coger' y 'arrancar', unidos en una sola pronunciación de la vocal final! Mi borracho me había pro-

güístico de Andalucía. (Véanse avances de ese trabajo —algunos relacionados con temas tratados en la presente nota— en una reciente publicación de Alvar: *Las encuestas del «Atlas lingüístico de Andalucía»*, Granada, 1955. Publicaciones del «Atlas ling. de And.», tomo I, núm. 1.)

porcionado el testimonio que yo necesitaba. Ya no había más sino buscar a Ricardo Molina. Pero, ¿dónde se había metido ese condenado? Y eran las dos de la mañana.

Porque yo estaba allí, en persecución de la Andalucía que habla con la *e*, de la Andalucía donde se oyen diálogos como éste:

—¿Qué t^e e^htá u^hté?

—Igué, i^ho, o mé mé.

¿No se entiende? Pues traduzco:

—¿Qué tal está usted?

—Igual, hijo, o más mal.

UNA OPOSICIÓN FONOLÓGICA EN EL ANDALUZ ORIENTAL

En el año 1947, Alonso Zamora, María Josefa Canelada y yo habíamos encontrado un hecho sorprendente: había una extensa zona española (toda la Andalucía oriental) donde el signo de plural estaba señalado por la abertura de todas las vocales de la palabra². Es decir, que, en la más imponente oposición con el castellano, en el que para formar el plural se añade, en la mayor parte de los casos, sólo una *s* (*monótono, monótonos; peseta, pesetas*), el andaluz oriental tien-

² Prescindo de pormenores (que limitarían esa última afirmación) y que pueden verse en nuestro artículo citado más abajo.

de a abrir en el plural todas las vocales de la palabra (*monótono, peseta*; plural, *monótono, peseta*)³. El andaluz oriental se comporta, pues, de un modo no distante del que tiene el francés hablado, en el cual —salvo casos especiales— los sustantivos masculinos diferencian el plural por el mero matiz de la vocal del artículo. El trabajo nuestro no se publicó sino tres años más tarde: *Vocales andaluzas: contribución al estudio de la fonología peninsular*, en la «Nueva Revista de Filología Hispánica», Méjico (año IV, 1950)⁴.

³ O *monótono^h, peseta^h*. Sobre la aspiración final, véase la nota 1. La *ã* final es abierta, matiz que por dificultades materiales no señalamos en el presente artículo. Véase, más abajo, págs. 28-30 y nota 16.

⁴ Habíamos trabajado muchos meses interrogando a sujetos granadinos (en su mayor parte estudiantes) en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pero antes de aparecer nuestro artículo, el conocido fonético L. Rodríguez Castellano (en colaboración con su esposa, Adela Palacio) publicó su *Contribución al dialecto andaluz: el habla de Cabra* («Revista de Dialectología y Tradiciones Populares», IV, 1948), en la que hallamos coincidencias muy grandes con nuestros resultados por lo que toca al tratamiento de las vocales en el plural. Cuando nosotros comenzamos nuestras investigaciones no teníamos noticia de la existencia de dos breves notas sobre desdoblamiento vocálico, de Navarro Tomás, una en *Etudes phonologiques dédiées à la mémoire de N. S. Trubetzkoy* y la otra en la *Rev. de Filología Hispánica*, pero llegaron a nuestro conocimiento antes de la publicación de nuestro trabajo.

MIS PRIMEROS CONTACTOS
CON LA ANDALUCÍA DE LA E

Para esas investigaciones, Alonso Zamora había tenido que hacer un par de viajes a Granada, porque el granadino fué el centro de nuestra atención; yo, por mi parte, hice un viaje a Córdoba y comprobé que allí también se abrían las vocales en el plural. Utilicé como sujetos a los poetas amigos míos de aquella ciudad. Fué Ricardo Molina, al tratar de curiosidades de pronunciación, quien por primera vez me reveló la existencia de la que, para entendernos, podemos llamar la Andalucía de la E. Me contó la historia de un niño de Puente Genil que vino a Córdoba y en esta ciudad fué a la escuela. Cosa rara: los otros niños se reían de él. El niño de Puente Genil, por ejemplo, le decía al maestro: *Don Manué, tengo ganę de oriné*. Y los demás chicos: «Já, já, já.» Pero, señor, ¿acaso no se decía así? ¿Por qué se reían sus compañeros? Poco a poco el niño de Puente Genil se fué dando cuenta de que él decía *labé, olibé, o^hpité, lę díę* y la^h *pęşętę*, cuando sus compañeros pronunciaban *labá, olibá, o^hpitá, lę^h día, lá^h pęşęta* (palabras castellanas *lavar, olivar, hospital, las pesetas*). En la misma Córdoba mi amigo me presentó a gentes de Puente Genil o de sus alrededores: el fenómeno quedó confirmado.

Pero no fué hasta el invierno 1954-1955 cuando pude

continuar estas observaciones. La casualidad otra vez fué la determinante del hallazgo: unos amigos míos colombianos, que pasaban unos meses en Madrid, me dijeron muy extrañados que la criada andaluza que tenían decía *tengo mucho que labé* ('tengo mucho que lavar'). Me invitaron a su casa. Hablé con la moza. Era de Estepa, y en ella el fenómeno se cumplía perfectamente. Resultaba, pues, que en el extremo sudoeste de la provincia de Córdoba (Puente Genil) y en el extremo este de la de Sevilla (Estepa) la *a*, ya acentuada, ya final, seguida de *r* o de *s* finales, se convertía en una *e* abierta (*e*).

PRIMER VIAJE DE INVESTIGACIÓN, ABRIL DE 1955

En abril de 1955 disfruté unos días de la cordial hospitalidad de José Antonio Muñoz Rojas en su Casería del Conde. Está este cortijo cerca de Alameda (a unos 25 km. al noroeste de Antequera), pueblo del extremo norte de la provincia de Málaga, muy cerca del treviño⁵ de Málaga, Córdoba y Sevilla. Es, pues, del lado malagueño, la misma rinconada en que se juntan

⁵ Empleo el neologismo (más bien «paleologismo») *treviño* para designar un punto común a tres demarcaciones territoriales (naciones, provincias, ayuntamientos, etc.). Comp. M. Pidal, *Orígenes del Español*, § 46, 5.

Estepa, del lado sevillano, y Puente Genil, de la parte cordobesa.

Hablé con mis amigos de este fenómeno del *labé*, *arranqué*, *la^h pape* ('lavar', 'arrancar', 'las papas = patatas'). Me aseguraron que en Alameda no se conocía. Como Muñoz Rojas es un gran poeta, no me conformé y rogué me buscaran sujetos del pueblo. ¡El fenómeno vivía en Alameda, ya lo creo, y con vida lozana! Una excursión a Palenciana —al NE. de Alameda, pero ya en Córdoba— y una recalada en la taberna, en la plaza del pueblo, nos probó en seguida que el fenómeno estaba allí muy vivo. El Genil es, en esta parte, el límite, porque al otro lado, casi frontero con Palenciana, Benamejí (¡qué pena de palacio!) desconoce totalmente esa pronunciación.

FENÓMENOS DE ALAMEDA Y PALENCIANA

Según las palabras y frases recogidas en Alameda, la *a* acentuada se hace *e* abierta (*é*) delante de *l*, *r*, *s* y *z* (*horné*, 'jornal'; *sagué*, 'zagal'; *tehé*, 'tejar'; *regulé*, 'regular'; *la mé*, 'la mar'; *¿aónde vé?*⁶, '¿adón-

⁶ Sic, es decir, pronunciado con *v* labiodental. En el ya mencionado artículo sobre *Vocales andaluzas* llamamos la atención acerca de la pronunciación de *v* labiodental en Granada; pero existe en otros sitios de Andalucía. En los sujetos de Alameda, especialmente en dos, un muchacho de trece años (*metío en lo^h catorse*) y una mu-

de vas?'; *capaté*, 'capataz'; *é*, 'haz' imperativo de 'hacer'. El fenómeno tiene así curiosas consecuencias. Si el singular *granada* se pronuncia *graná* en estos pueblos, se puede bien imaginar qué es lo que ocurre en el plural. Claro está que el plural resulta *grané* (*una graná*, *dq^h hrané*). Compárese con la oposición entre singular y plural en castellano, *granada-granadas*, o en el vulgar *graná-granás*. ¡Qué extraña diferencia!

Relacionado con estos fenómenos está sin duda otro que ya hemos mencionado de pasada: en éste ya no se trata de la *a* acentuada, sino de la *a* final átona. En plurales como el castellano *pesetas*, la *s* final se perdió también, convertida en una aspiración (hoy caediza), la cual ha producido la palatalización de la *a* final, que en Alameda y Palenciana ha llegado a ser *ɛ*⁷. La oposición entre singular y plural es, pues, aquí: *peseta-pɛɛtɛ*. Lo mismo pasa con las terminaciones *as* de la conjugación *que bayɛ*, 'que vayas', etc.

He aquí algunas frases o breves sintagmas, ya de

jer joven se daba frecuentemente. No pude determinar en qué condiciones (ni era entonces mi problema). Sujetos que decían *lavé* y *olivé* pronunciaban en cambio *nuebo* ('nuevo'), *nvé bi^hto'l tren* ('no he visto el tren'), con *b* bilabial fricativa. También se oye a veces *b* bilabiodental

⁷ Nótese que no se cambia en *ɛ* la *a* del artículo: Sing., *la peseta*, pl. *la^h pɛɛtɛ*. En esto se diferencia del fenómeno conocido —y, hasta cierto punto, relacionable— del asturiano: sing., *la baca*; plural, *les baques*. Tampoco se suele cambiar en *ɛ* la *a* final en los plurales de los demostrativos: *esa^h case*, 'esas casas'.

Alameda, ya de Palenciana, para que se vea la profunda alteración que estos fenómenos pueden producir en el sistema lingüístico: *¿bē al meloné?*, ‘¿vas al melonar?’; *tengo cuatro ermanē: dō^h casé y dō solterē*, ‘tengo cuatro hermanas: dos casadas y dos solteras’; *tresiēte o cuatrosiēte pēsēte*, ‘trescientas o cuatrocientas pesetas’; *¿bien’a la^h cañé?*, ‘¿vienes a las cañadas?’; *dise tu páe que bayē almorsé*, ‘dice tu padre que vayas a almorzar’; *ēsē ē capé de maté a su páe*, ‘ése es capaz de matar a su padre’; *¡serré la^h puertē!*, ‘¡cerrar las puertas! (como imperativo) ⁸; *¿cuantē botēyē mu emō bebío?*, ‘¿cuántas botellas nos hemos bebido?’; *mi niñē oi’tan mu guapē*, ‘mis niñas hoy están muy guapas’; *tú bē detré*, ‘tú vas detrás’; *el mé ē muncho mé*, ‘el mar es mucho más [grande]’.

Algunos de estos ejemplos muestran hasta qué punto son empobrecedores los fenómenos que reseño. La primera conjugación tiene así una serie de formas comunes con la segunda: *canté*, ‘cantar’, como *meté*, ‘meter’, etc. Teóricamente nada más fácil que formar una frase en la que *mé* figure tres veces y represente cada vez un sentido completamente distinto: una, ‘mar’; otra, ‘más’, y una tercera, ‘mal’ (*se^htá mé mé en*

⁸ A primera vista, ante el imperativo *serré* se podría pensar que *-ád* también da *é*. Nada menos verdadero. La forma *serré* está apoyada en el uso corriente del infinitivo (*cerrar*) en vez de la segunda persona del plural del imperativo.

el *mé*)⁹. ¿Qué de particular, si el francés soporta homofonías mucho más perturbadoras? (*saint, sain, sein, ceint*, etc.). En un villancico que me recitaron en Alameda (Dime, niño, ¿por qué *yore*?, ‘... ¿por qué lloras?’) había un verso que al principio no pude comprender: *mádr’é tu la cama*. Sólo al recordar el texto castellano con que ese villancico se canta en Madrid pude determinar que ese *é* era el imperativo ‘¡haz!’ del verbo ‘hacer’.

EN CASARICHE Y PUENTE GENIL

Traté después de comprobar la extensión geográfica de estos curiosos cambios. El mismo Muñoz Rojas me llevó a Casariche. En una de las tabernas del pueblo tienen gran variedad de sabrosas tapas (*e^bpętęne*, *gú-sarę*, etc.). Hay allí un tabernero gordo muy amable. Pronto nos encaminó al maestro don Francisco Toyos Ramos Izquierdo, hombre inteligente y de abierta simpatía, que en seguida mostró deseo de ayudarnos: entre algunos de sus discípulos había observado el fenómeno, pero no se daba cuenta exacta del número de niños afectados por él. Se había de preocupar de ello.

⁹ Compárese, para el granadino, nuestro mencionado artículo, «Nueva Rev. de Filología Hisp.», IV, 1950, pág. 212. Allí se notaba alguna diferencia entre la pronunciación de ‘mal’, ‘mar’ y ‘mas’: aquí no se nota ninguna apreciable. Pero téngase en cuenta lo que decimos más adelante (pág. 17, nota 14) acerca de los niveles culturales distintos.

En nuestra excursión llegamos a Puente Genil. La población estaba llena del recuerdo de Walter Starkie y de su actuación en las procesiones de Semana Santa y de su utilización de los servicios del *alpatana*. Ricardo Molina (que es de la «Mujer adúltera») había estado también acompañando a Starkie, pero se había vuelto ya a Córdoba. ¡Mala suerte! ¿Qué hacer? Intenté obtener la ayuda de un señor maestro: no se dignó atenderme.

Hay un bar junto al puente, que tiene como una galería volada sobre el río. La fortuna nos deparó allí un niño limpiabotas: tendría diez años. Cara bronceada, de chico inteligente, con algo de alimaña sobreaviso. Venga a preguntarle, y nada: no salía ninguna palabra útil. Ya me había limpiado por segunda vez los zapatos, cuando se me ocurrió la pregunta salvadora (yo quería que él pronunciara la palabra *hospital*):

—Vamos a ver, muchacho. Cuando a uno le coge un coche, ¿adónde va?

—Pue^h, ¿aónde á dir? ¡Al sementerio!

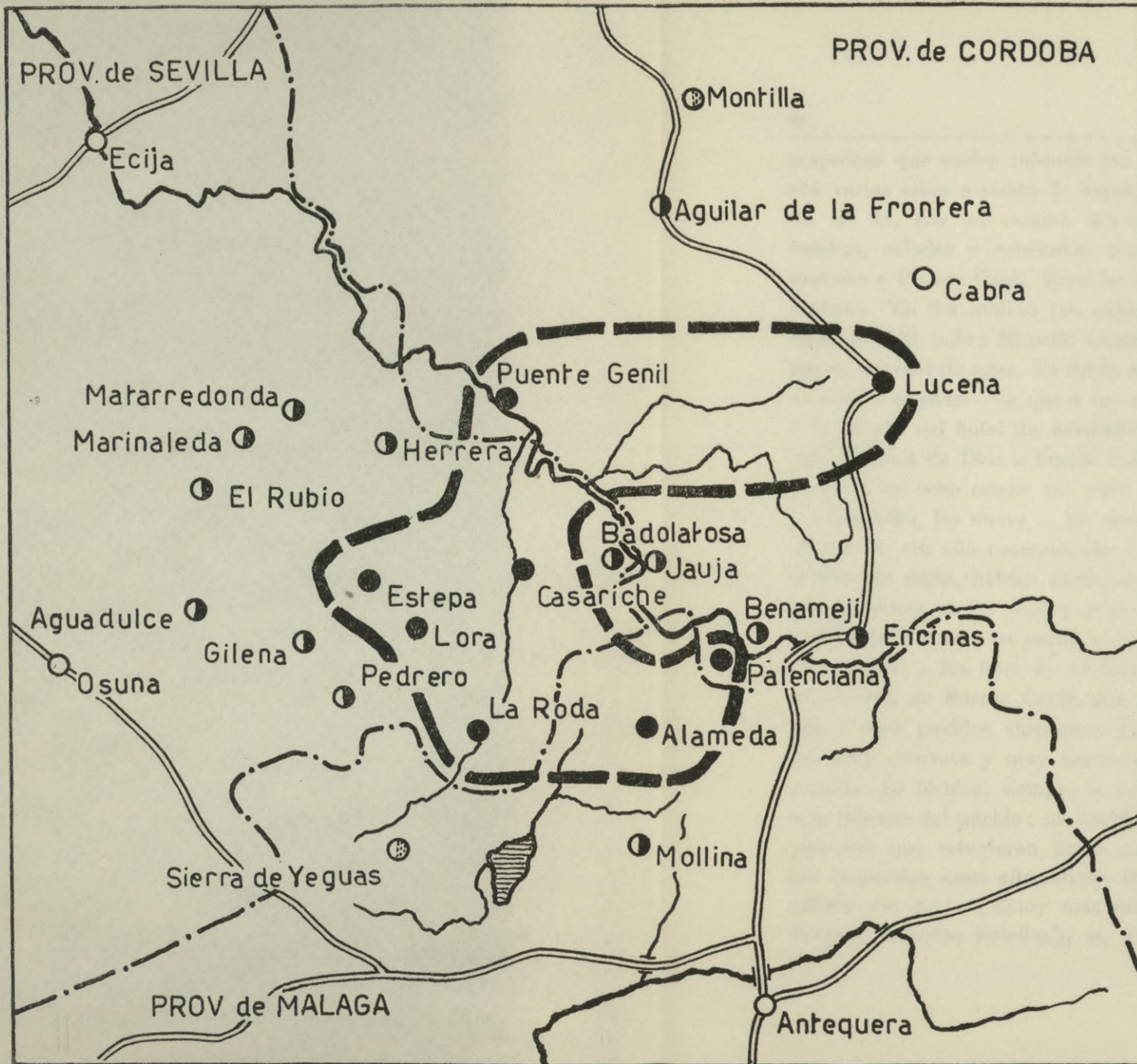
La paciencia vence. Por fin salió en su conversación la *cayaguilé*, la famosa *cayaguilé* ('calle Aguilar') de Puente Genil. Y por fin le hicimos reconocer que hay bastantes que se van al *sementerio* pasándose antes por el *o^hpité*.

SEGUNDO VIAJE, MAYO 1955

Regresé a Madrid. Pero el encanto de la *e* pudo tanto que, pocas semanas después, volví a Córdoba con el pretexto de una conferencia (me había invitado el Ayuntamiento). Caí allí en el grupo de poetas de *Cántico*: una de las mejores revistas de poesía que se publican en España. Y Ricardo Molina me preparó un nuevo viaje de exploración. Un notario de Córdoba —el señor Flórez de Quiñones—, persona favorecedora de toda empresa cultural, nos llevó hasta Lucena. Ya he contado antes cómo allí encontré comprobado el fenómeno, la noche de la famosa *entrá*.

Ricardo Molina es tan buen poeta como mal preparador de turismos. Me había asegurado que en Lucena se disputarían el «honor» de llevarnos en auto particular hasta Puente Genil. Además, él lo tenía todo dispuesto (había ya hablado con sus amigos, etc.). Sí, sí. A las dos de la noche, yo estaba solo: Ricardo, sin aparecer. Al cabo de un rato, llega muy mustio: solo. Pero sus amigos eran de los «buenos», y cumplirían como tales. Después de una espera de una hora —Lucena ya casi despoblada—, viendo que nadie se disputaba el «honor», nos metimos subrepticamente, encogiéndonos todo lo que podíamos, en un autobús alquilado por un coro de una sociedad católica de Puente Genil, que había ido a ver la *entrá*. Durante el viaje infundimos las

sospechas que suelen infundir los polizones, y estuvieron varias veces a punto de depositarnos en la carretera. Al fin, por un camino infame, dando afrentosos tumbos, culadas y cabezadas, llegamos con aquel armatoste a Puente Genil. Eran las cuatro y media de la mañana. Yo iba molido (en ambos sentidos: recto y figurado). El pobre Ricardo estaba que se podía ahogar en un vaso de agua. Yo debía estar seguro —me dijo al irme a acostar— de que a las ocho en punto habría a la puerta del hotel un automóvil para llevarnos por esos caminos de Dios a buscar todas las *es* que hiciera falta. A las ocho estaba yo, como un clavo, a la puerta. Las ocho, las nueve..., las once, las doce. Y, nada. El retraso era aún consecuencia de la fiesta de Lucena (otros, sin duda, habían vuelto de allá aún más tarde que nosotros). A las doce y pico llegó Ricardo Molina —triumfante— con un coche y un conductor, cedidos, en atención a los fines de nuestro viaje, por un culto propietario de Puente Genil, don Pablo Cabello. ¡Qué día!: once pueblos «hicimos». Como la investigación era muy concreta y muy limitada, despachábamos en seguida. La técnica, siempre la misma: como un rayo, a la taberna del pueblo; invitación (vino y tapas) a las personas que estuvieran junto al mostrador. Cuando las respuestas eran afirmativas (Sí, señor, aquí disen ¡*E^htoy me me!*, ‘¡Estoy más mal!’; *y disen cuante boteye*, ‘cuántas botellas’), sí, cuando las respuestas



Círculo negro: pueblos visitados donde existen los fenómenos que se estudian en este artículo.

Medio círculo negro: pueblos visitados en los que no existen dichos fenómenos.

Medio círculo punteado: pueblos no visitados, de los que se han obtenido algunos datos menos seguros.

eran afirmativas, redondeábamos un poco la investigación, procurando obtener testimonio de otros casos; pagábamos y nos largábamos en seguida. Peor era cuando *parecía* que no se conocía el fenómeno. Porque en lingüística es relativamente hacedero el asegurar (con pruebas) que tal palabra se dice en tal sitio; pero es sumamente azaroso asegurar que nadie usa tal vocablo allí. En fin, en casos de apuro mandábamos a un chiquillo a buscar al maestro. Conocimos así unos cuantos dignísimos, del tipo de don Tomás el de Casariche, y varios sabían ya por éste que recibirían nuestra visita. Pero hubo uno (callemos el sitio) que nos confundió con inspectores de primera enseñanza.

Tardaba y tardaba. Al cabo de casi media hora —y nosotros pudriéndonos de impaciencia— llegó una criada vieja a cuchichear con la tabernera, mirándonos de reojo. Pasaron lentos minutos y, por fin, apareció nuestro hombre (un señor de unos cuarenta años, vestido de punta en blanco y hasta con su alfilerito de corbata). Aún no repuesto del susto, venía con su papá, también muy atildado, y nos dijo, recalcando su pronunciación norteaña, que «en aquel pueblo —gracias a su pedagogía— se hablaba con la más correcta pronunciación castellana, todo según las normas de la Real Academia». ¡Qué tío!

La excursión de aquel día fué continuada al siguiente, en que visitamos pueblos de la posible frontera Este

(gracias al auto que nos cedió don Luis Reina Porras, nieto del poeta Manuel Reina).

EXTENSIÓN GEOGRÁFICA DE ESTOS FENÓMENOS

El resultado de estas excursiones es el siguiente (que podrá ser rectificado, en más o en menos, por investigaciones ulteriores):

El núcleo del fenómeno lo forma el triángulo Puente Genil (Córdoba)-Estepa (Sevilla)-Alameda (Málaga). Este triángulo tiene una extensión hacia Lucena (Córdoba), donde estas peculiaridades fonéticas son empleadas por unos y desconocidas por otros. En Palenciana (Córdoba) son muy usadas, y también, aunque con menos intensidad, en Lora de Estepa (Sevilla)¹⁰. No conocen el fenómeno los siguientes pueblos, que pueden considerarse como exteriores a la zona que nos ocupa: En Sevilla: Badolatosa, Gilena, Aguadulce, El Rubio, Marinaleda, Matarredonda, Herrera (es verdaderamente notable que este último pueblo, situado a sólo nueve kilómetros de Puente Genil y con abundantes comunicaciones, no participe en absoluto en estos cambios

¹⁰ La Roda (Sevilla), por ser nudo ferroviario, tiene población de otras partes, y resulta (como siempre en casos semejantes) poco apropiada para investigaciones dialectológicas: el fenómeno parecía ser allí débilmente conocido. Lo hemos incluido, pues, dentro de la zona.

fonéticos). En Málaga: no es conocido el fenómeno en Antequera, y parece que tampoco en Mollina, en donde estuve sin tiempo para una verdadera indagación. Habría que visitar Fuente de Piedra y Sierra de Yeguas. En un viaje reciente a Málaga (junio de 1956) he hablado con cuatro sujetos de Sierra de Yeguas: conocían los fenómenos de que hablo en este artículo, pero los atribuía a Alameda o a La Roda ^{10 bis}.

Córdoba: no es conocido el fenómeno ni en Los Móreles, ni en Monturque, ni en Aguilar de la Frontera, ni en Jauja ¹¹, ni en Benamejé, ni en Encinas Reales. El matrimonio Rodríguez Castellano, en su estudio ¹² del habla del triángulo Cabra-Doña Mencía-Zuheros, no trata para nada de este fenómeno. Hay que deducir que no existe allí; y, sin embargo, existe, como hemos visto, en Lucena (a las puertas mismas de la zona por ellos estudiada).

^{10 bis} Eran un seminarista, un maestro, una anciana y un niño (los dos últimos recién llegados del pueblo). El maestro decía que esos fenómenos eran más característicos del cercano pueblo de Alameda, pero que en Sierra de Yeguas se oían, a veces, formas como *labé*, 'lavar', y que él mismo, cuando niño, decía *rebané*, 'rebanadas'. En cambio los otros tres sujetos negaban que en Sierra de Yeguas se hablara así. La anciana decía que los fenómenos que nos interesan eran propios de La Roda.

¹¹ Nadie en Jauja ni en los alrededores llama a este pueblo así: todo el mundo dice *Hagua* (con hache aspirada, claro).

¹² Véase más arriba, nota 4.

Los resultados de todo esto pueden verse en el adjunto mapa.

SEGUNDA ESTANCIA EN PUENTE GENIL

De toda la zona son Puente Genil y Estepa las dos poblaciones de importancia en donde el fenómeno tiene gran vitalidad. Sobre todo Puente Genil. Los pontanos saben muy bien que su modo especial de hablar es una peculiaridad más entre las muchas que hacen de Puente Genil una especie de república autónoma dentro de la Andalucía cordobesa. Es Puente Genil un pueblo feliz e industrial: aumenta constantemente en número de habitantes y atrae a gentes emprendedoras de otras partes de España (especialmente de Cataluña). Los pontanos relatan cuentecillos y chistes que realzan el carácter activo, viajero y aventurero de los naturales. Un pueblo que ama la vida.

Como me quedé en Puente Genil, en seguida fuí invitado a una gran comida con que *La Mujer Adúltera* (una de las *ermandés*, 'hermandades' de Semana Santa) celebraba el éxito de las procesiones. ¡Qué lástima!: no pude ir. Las tapas de Jauja, Badolatosa, Casari-che, etc., me habían dejado un estómago muy mal-trecho.

Dos días en Puente Genil. Mudé alojamiento a un bar muy frecuentado, donde alquilaban habitaciones.

La dueña, una mujer joven, muy agradable e inteligente, es uno de los mejores ejemplos del habla de la región. La escuchaba cuando recibía recados por teléfono, cuando hablaba con los clientes, etc. Mujer muy dispuesta. Su hermana, que también habla con las peculiaridades de la región, me dió explicaciones y ejemplos.

CONSECUENCIAS PARA LA MORFOLOGÍA DEL NOMBRE Y DEL VERBO

De ella, y de mi experiencia general en todo el viaje, proceden las notas siguientes:

Se oyen cosas así: *Ai muche malę bolunté y muche liberté*, 'hay muchas malas voluntades y muchas libertades'. Nótese la oposición: singular *boluntá*, plural *bolunté*. Es decir, que lo mismo que en *granadas*, por medio de **granáas* y *granás*, se ha llegado a *grané* (como vimos), en *boluntá*, por medio de **boluntaes*, se ha llegado a *bolunté*. No es necesario, por tanto, que la aspiración (procedente de *s* final) haya seguido inmediatamente a la *a* acentuada; puede haber otra *a* interpuesta (**granáas* dió *granás*, que a su vez dió *grané*) o una *e* (**boluntaes*, que dió *bolunté*). O también, tras la *a* acentuada pudo ir una *i*. Oiganse estas frases: *Pa que no bayéi a esa bodę aonde se comen carne malę*, 'Para que no vayáis a esas bodas adonde se comen car-

nes malas'; $U^{ht}e$ ¹³ *cantéi mu mē*, 'Ustedes (= vosotros) cantáis muy mal'. Nótese especialmente las formas *cantéi*, *bayéi* ('cantáis', 'vayáis'). El fenómeno afecta, por tanto, a las tres terminaciones *-aas, *-aes y -ais; pero mientras las dos primeras quedan convertidas en -é, la tercera se hace -éi. Lo mismo, *cantaríei*, en vez de *cantaríais*.

Además de la oposición singular-plural de los tipos *graná-grané*, *boluntá-bolunté*, existen, claro está, las del tipo *o^hpité-o^hpitalē*, *olibé-olibarē*, *capé-capase* (todas, también, de singular y plural). Pero, como corresponde a una lengua sin norma literaria, los sujetos muchas veces no tienen fijeza, y abundan así las formas analógicas: se puede oír *o^hpité* usado indistintamente como singular y plural (*un o^hpité*, *dq^h o^hpité*). Pero éstas son formas originadas por confusión. Lo correcto (digamos) en pontano sería *un o^hpité*, *dq^h o^hpitalē*.

EXAGERACIÓN O CULMINACIÓN DE UNA TENDENCIA DEL ANDALUZ ORIENTAL

Al lector del artículo *Vocales andaluzas* (de Alonso Zamora, María Josefa Canellada y el autor del presente trabajo) no le pueden extrañar nada los plurales feme-

¹³ Alternan $U^{ht}edē^h$ y $u^{ht}é$ con el valor 'ustedes', pero es más popular lo segundo.

nicos en -é del tipo *pape*, *peŕe*. Allí la vocal final se mantenía dentro de los límites de una *a*, pero era una *a* palatalizada, matiz que señalábamos con dos puntos encima: *peŕetä*. La *e* final de la zona que estudiamos no es sino un reforzamiento de la palatalidad de la final. Allí mismo (en las *Vocales andaluzas*) se dijo que, en ocasiones, esa *ä* final sonaba casi como *e*¹⁴. Pues bien, lo que allí pasaba esporádicamente, y era sólo una tendencia, en la zona que ahora estudio es una realidad constante: la vocal final es aquí claramente una *e*, aunque abierta. Los habitantes de Estepa y de Puente Genil lo saben muy bien, y saben que ese fenómeno y todos los otros casos de producción de *e* estudiados en este artículo les diferencian de pueblos vecinos: lo consideran peculiarmente suyo. Y el investigador ve en seguida cómo abandona la región de *e* (*peŕe*, *canté*) cuando se traslada, por ejemplo, de Estepa a Aguadulce (en dirección a Osuna)¹⁵.

¹⁴ «Nueva Rev. de Filología Hisp.», IV, 1950, pág. 211, nota 2. Es muy importante advertir al lector que una comparación directa de los datos de aquel artículo y del presente sería muy peligrosa. Porque aquellos datos proceden de sujetos de cultura universitaria: fué propósito decidido de los autores el mantenernos en esa zona social y no descender a clases populares, que habrían de ser objeto de una investigación especial. En cambio, en el presente trabajo los sujetos fueron siempre gentes del pueblo, pobres o de clase acomodada, pero sin formación cultural. Habría que reajustar las dos escalas: geográfica y cultural.

¹⁵ Estepa abre las vocales en el plural; es, pues, pronunciación

Quiere decir esto que, dentro de la tendencia a palatalización observada en otras zonas del andaluz oriental, esta *e* final resulta perfectamente comprensible¹⁶. Es decir, que ese fermento palatalizador existente en otras regiones andaluzas lleva en ésta a una auténtica *e*.

UNA PREGUNTA SIN CONTESTACIÓN

Aunque así sea, aunque se trate de la coronación de una tendencia palatalizadora, habría que preguntarse si hubo alguna razón especial para que tal fenómeno sea precisamente en esta zona donde culmine. Son preguntas a las que la lingüística rara vez contesta con seguridad. En el caso presente no hay que olvidar que ésta fué zona litigiosa entre cristianos y moros allá entre los siglos XIII y XIV (Lucena, ganada en 1236, fué perdida hacia 1327, y vuelta a reconquistar en 1334; Benamejí, ganado en 1240, fué perdido en 1333, y recobrado en 1341, perdido en 1343, otra vez ganado en 1361). Pero ni la historia de la frontera está hecha en todo

de Andalucía oriental. No ocurre así, o escasísimamente, en Aguadulce.

¹⁶ En cambio, resulta inexplicable si se diera crédito al carácter velar, atribuído por otros investigadores a la *a* final del plural. Véase «Nueva Revista de Filología Hisp.», IV, 1950, pág. 230, nota 15. No he oído esa *a* velar, en las zonas visitadas por mí, aunque es posible que exista en otros puntos.

su pormenor ¹⁷, ni, aunque lo estuviera, sería fácil explicar qué papel pudo desempeñar en el desarrollo de estos fenómenos ¹⁸.

¿INNOVACIÓN Ó TRADICIÓN? EL HABLA DE LAS MUJERES Y DE LOS NIÑOS

Ligada con lo anterior surge aún otra pregunta. ¿Serán éstos, en efecto, fenómenos tradicionales, que hoy tienden a extinguirse, o serán, más bien, recientes innovaciones que ahora se propagan? Para responder adecuadamente, nada más importante que un hecho que habíamos de encontrar en todos los sitios donde estos fenómenos se producen: por todas partes, la vitalidad de estas peculiaridades es mucho mayor en el habla de mujeres y niños; menor, entre los hombres. Resulta así, no sólo de nuestra propia observación, sino de las declaraciones absolutamente espontáneas que hemos recibido en la mayor parte de los lugares visitados.

Desde el primer momento, ya en Alameda y Palenciana, los propios sujetos interrogados nos hicieron no-

¹⁷ Me ha proporcionado información sobre esta frontera el docto especialista Juan de Mata Carriazo, catedrático de Sevilla.

¹⁸ Quererlos relacionar con la pronunciación llamada *imala* o *imela* (por la que *fatha*, seguida de *alif* de prolongación, sonaba *quesra* entre los árabes españoles) sería muy azaroso: las condiciones fonéticas distan mucho de ser las mismas.

tar el apegamiento de mujeres y niños a estas prácticas fonéticas. Lo mismo se ha comprobado luego por todas partes. En una de mis visitas a Lucena, un capataz o encargado de una gran bodega, para comprobarme la existencia y carácter del fenómeno en este pueblo, me decía que todas las muchachas que trabajaban en la sección de empaquetado pronunciaban *presinte*, 'precintas': el hombre se reía de esto, que debía parecerle una debilidad o imperfección femenina. El dato tiene especial interés por tratarse de un lugar como Lucena, donde parece que el fenómeno está en muy claro retroceso. Ultimamente he recibido información de un punto no visitado por mí donde esta pronunciación sería sólo un recuerdo: se trata de Montilla. «En Montilla se habló también con la *e*, pero este fenómeno no se da ya ni siquiera en las viejas de setenta años, que, sin embargo, afirman que en su juventud era muy frecuente»¹⁹. Esta noticia de Montilla, muy al N. de la región hoy afectada por estas peculiaridades (más aún, al N. de Aguilar y de Monturque, pueblos que he visitado, y donde no he podido rastrear el fenómeno), haría entrever que en lo antiguo la zona de esta *e* en que se cambia la *a*, pudiera haber sido más extensa. Pero aun en

¹⁹ Carta de Ricardo Molina, en que me transmite datos facilitados por el excelente escritor José Cobos, de Montilla. (Después he tenido una conferencia telefónica con José Cobos: lo de Montilla no resulta tan claro. Necesitaría más investigación.)

Montilla, donde sólo se trata de un recuerdo, quienes lo conservan son las mujeres.

Todos estos datos empujan hacia una misma conclusión: el cambio de *a* en *ɛ* (en las condiciones explicadas a lo largo de este artículo) tuvo que ocurrir hace mucho tiempo; la presencia de esta *ɛ* es un rasgo conservador, mantenido por la tradición femenina, y en todas partes está en un retroceso más o menos rápido.

En otra región (muy distinta) de la Andalucía oriental se ha observado también una diferencia notable entre el habla de las mujeres y la de los hombres. Se trata de un interesante artículo de Gregorio Salvador, *Fonética masculina y fonética femenina en el habla de Vertientes y Tarifa (Granada)* ²⁰. En ese rincón granadino los sistemas fonéticos en conflicto son uno de tipo andaluz, que es el sistema invasor, hablado por los hombres, y otro en retroceso, de aspecto castellano, conservado por las mujeres. Aquí, en el triángulo Estepa-Alameda-Puente Genil (con prolongación hasta Lucena, y en lo antiguo tal vez hasta Montilla), la materia lingüística es muy distinta: los dos sistemas que chocan son el andaluz oriental, peculiar de la región (con su característica *ɛ* en vez de *a*, en los casos explicados), y el andaluz oriental, con sus rasgos generales. Pero las mujeres (y los niños) desempeñan papel parecido al

²⁰ En *Orbis*, I, 1952, págs. 19-24. Gregorio Salvador es colaborador de Manuel Alvar, en los trabajos del proyectado *Atlas*.

observado en esa otra zona por Salvador: defienden las peculiaridades tradicionales en retirada contra las costumbres idiomáticas invasoras.

FINAL: DE «PE» A «PA»

Ricardo Molina me ha contado un sucedido gracioso. En su casa, en Puente Genil, tenían una criada que se llamaba *Paz*. Según los fenómenos explicados, en el pueblo la llamaban *Pe*. Pero el novio, cuando le escribía, sintiéndose fino, quería restablecer la integridad ortográfica del nombre. Y le ponía en el sobre:

Señorita Pez.

Precio: 25 pesetas.